

CLAUDIA BRIONES,* RICARDO FAVA** Y ANA ROSAN***

NI TODOS, NI ALGUIEN, NI UNO

LA POLITIZACIÓN DE LOS INDEFINIDOS COMO CLAVE PARA PENSAR LA CRISIS ARGENTINA

“El reto estriba en aprender de esas luchas simbólicas -y a veces no tan simbólicas- fragmentadas y parciales y ver en su interior lo que aportan en términos de relación, organización, comunicación, de cara al futuro. Y desde ahí, desde esa sociedad civil heterogénea, entender las complejidades, las fortalezas, las complicidades, la producción y la reproducción”

Rossana Reguillo, (1994)

TODAS LAS LUCHAS SOCIALES plantean sus propios retos a los participantes y a los analistas. En nuestro caso, debemos dar cuenta de un proceso abierto en diciembre de 2001, cuando miles de argentinos salen a las calles para expresar con el batir de cacerolas profundos malestares, condensados con el correr de los días en un grito tras el cual se aglutinaron diversas expectativas y recla-

* Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires) e Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET, Argentina).

** Tesista en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Miembro del Área de Documentación del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

*** Licenciada en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).

mos: “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Un proceso que, según las perspectivas, parecía irse cerrando en distintos momentos de diversas maneras, o mantener un final abierto que siempre admitía nuevas formas de continuación. Un proceso hasta aquí de poco más de dieciocho meses que, leído en clave electoral, va desde una alta expresión del llamado “voto bronca” en octubre de 2001¹, hasta elecciones nacionales en abril de 2003 y para Jefe de Gobierno y Diputados Nacionales y Legisladores de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en septiembre de 2003 en las que -independientemente del desgano manifiesto de los votantes- primaron los votos positivos por alguno de los candidatos. Un proceso que mantuvo en los primeros meses una adhesión de cerca del 80% a distintas formas de protesta (mayormente cacerolazos) y auto-organización por afuera de canales convencionales de representación política (por ejemplo, asambleas barriales), y discurre hoy en un contexto donde las asambleas adelgazadas han perdido gran parte de su visibilidad y capacidad de intervención en los espacios públicos.

Todo ello en medio de un 80% de aceptación a la gestión del presidente Néstor Kirchner, quien, habiendo sido elegido con el 22% de los votos, ha logrado suscitar también entusiasmo abierto o al menos cauta expectativa entre muchos asambleístas. Por último, un proceso de mucha volatilidad, por los desplazamientos en las cuestiones que de manera sucesiva se fueron convirtiendo socialmente en “tema” -como diría Voloshinov (1986)- y también por una interdiscursividad inusitadamente acelerada. En esto, sorprende menos la presteza con que distintos científicos sociales dirigíamos la mirada al quehacer social en desarrollo que la celeridad con que explicaciones y teorías “expertas” circulaban y se consumían socialmente, no sólo o no tanto a través de diversos medios de comunicación, sino sobre todo a través de redes de comunicación transversales -vía cadenas de e-mail, páginas de Internet y encuentros de discusión- entramadas por los asamblearios. Un proceso, en definitiva, cuyos ecos y

1 El llamado “voto bronca” aglutinaba una gama de expresiones que yendo desde el ausentismo electoral hasta formas de votos blancos, nulos e impugnados significó que el 41% de la ciudadanía no participara con voto positivo en las elecciones nacionales de octubre de 2001 (Carini, 2001).

2 La prospección que realizamos del funcionamiento de asambleas barriales porteñas y de formas de participación política de mujeres de sectores medios fue posible gracias al aporte económico del Center for Research on Women (CROW), el Sociology Department y el Wang Center for International Business de la Universidad de Memphis, gestionados y coordinados por la Dra. Marcela Mendoza desde EE.UU., y por Claudia Briones en Buenos Aires. Así, entre marzo y agosto de 2002, Ricardo Fava y Ana Rosan participaron sistemáticamente de dos asambleas porteñas y realizaron treinta entrevistas. Finalizada esta etapa prospectiva, se efectuaron otras diez entrevistas de control en torno a dos fechas clave: con posterioridad al aniversario de las jornadas de diciembre de 2001, y luego de las elecciones nacionales de abril de 2003. Paralelamente, se fue armando una base de datos con material periodístico y otros materiales de circulación electrónica por las diversas cadenas y páginas de Internet que se crearon a partir de diciembre de 2001 y siguen hoy activas.

efectos intentaremos sopesar, aún disponiendo de registros etnográficos mayormente concentrados en su primer año de expresión².

Y en términos de ecos y efectos, es importante señalar que dos han sido los núcleos preponderantes de debate entre participantes y analistas -núcleos que a su vez también formaron parte de las discusiones de este grupo de trabajo en junio de 2003. Por un lado, si -y en qué direcciones- se podría afirmar que diciembre de 2001 marcó la emergencia de un hacer político novedoso, ya sea por expresar una agentividad difusa que asocia rupturas con prácticas previas ligables a ideas de multitud y contrapoder (por ejemplo, Colectivo Situaciones, 2001, 2002[a] y 2002[b]), ya sea por propiciar el re-entramado del sujeto político “pueblo” -re-entramado cuya novedad pasaría por recuperar críticamente ciertas continuidades en experiencias sociales desestabilizadas por una larga crisis (Feinmann, 2003[a] y 2003[b]). Por otro lado, el segundo eje de debate se liga a cómo evaluar el éxito o fracaso de los movimientos sociales cuando, como en este caso, se dan relaciones en apariencia inversamente proporcionales entre la alta visibilidad inicial de las asambleas y el bajo impacto de su quehacer al momento de los balances. Si en un plano esto puede promover desacuerdos respecto de si la eficacia del hacer social debe sopesarse en términos cuantitativos y/o cualitativos, en otro invita a sortear juicios polares según el contingente optimismo o pesimismo de los evaluadores, identificando al menos una escala de efectos reales y potenciales.

En este marco, este trabajo mantiene los objetivos que nos fijamos para la versión escrita en febrero de 2003 a fin de ser discutida en la reunión de junio del Grupo de Trabajo. Entonces partíamos de que distintas expresiones de beligerancia social parecían al menos confluir en un punto: el de haber desbordado “la operación por la cual se nos introducía en la idea de que la política se realizaba en la opción: dictadura o democracia” (Cerdeiras, 2002: 53).

Intentaremos por tanto mostrar si y cómo acontecimientos, decires y prácticas vinculados en Argentina a la protesta masiva del 19 de diciembre de 2001 -protesta que deriva en la generalización de la consigna “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo (QSVT de aquí en más)”- desbordan una operación que hasta el momento en apariencia convencía a vastos sectores de la población de que cualquier expresión masiva de descontento social ponía en peligro la democracia y propiciaba un retorno a regímenes autoritarios por la vía mayormente de un golpe militar o eventualmente un golpe civil popularmente asociado al “fujimorazo”. Lo que nos interesa es apuntar a ver si y cómo ese desborde ha propiciado redefiniciones de conceptos maestros como los de “política” y “democracia”, así como de imaginarios de clase y de nación,

lo que debiera a su vez invitarnos a repensar condiciones y características de la participación social. Hecho este recorrido, retomamos en las conclusiones los dos ejes de debate señalados.

DE UNA ENUNCIACIÓN CON MÚLTIPLES ENUNCIADORES Y EXÉGETAS

Poco después del primer aniversario de las jornadas de diciembre de 2001, el politólogo José Nun declaró en una entrevista que lo ponía "... nervioso que a un grito de desesperación se le empiezan a hacer análisis semánticos como si tratara de descifrar algo de Michel Foucault o de Jacques Derrida. ¿Qué habrán querido decir? Lo que quisieron decir es que estamos hartos. Que se vayan todos los ladrones, todos los corruptos. Es un grito de bronca y no va más allá de expresar la repulsa. Mucho más importante que buscarle significados a esa consigna, o andar preguntando cómo se hace para salir adelante es saber por qué y para qué queremos salir adelante. Está el que dice 'yo quiero un país que me garantice que pueda prosperar', ésa es una respuesta, una respuesta respetable, y sería muy importante que se haga explícita porque frente a ella hay otra. Mi por qué es: yo quiero una Nación inclusiva donde haya equidad social, donde no haya pobres, por eso quiero el crecimiento" (Muleiro y Moreno, 2003).

Cumpliendo su rol de intelectual, Nun participaba así de una disputa de sentido que, a modo de inversión hegemónica, venía apuntando a inscribir ciertos acentos y no otros en un signo ideológico (Voloshinov, 1986) de tanta presencia en el país como el QSVT. Nos referimos a que, en el campo académico-intelectual, se perfilaron tres posturas básicas respecto de esa disputa. Ciertos autores se hicieron cargo de las imputaciones que la denuncia expresa, para alertar sobre la necesidad de trabajar sobre mecanismos instituciona-

3 Inicialmente, Laclau por ejemplo fue contundente en destacar las dimensiones autoritarias, los riesgos y escasas opciones abiertas por la consigna, al sostener que "el 'que se vayan todos' es el mito de una sociedad ingobernable, que necesita de un amo que restablezca el orden" (Laclau, 2002). Aunque luego Laclau revisa esta postura, Portantiero acompañaba sus temores iniciales al señalar que la consigna "es una consigna peligrosa. ¿Qué quiere decir? ¿Quién ocupa el lugar de los que se van? Lo que aparece, aparece como un lugar de vacío. Y es peligroso porque el momento suena propicio para que irrumpen fuerzas exteriores a la política, como sucedió clásicamente en nuestra historia [...] veo un peligro de disgregación, de vaciamiento del poder político, de protestas ciudadanas que pueden cobrar formas violentas pero que no dan respuesta global a los problemas" (Halperín, 2002). Cheresky por su parte señaló "el desorden general, el apremio del empobrecimiento en expansión y la pérdida de soberanía resultante de la vulnerabilidad externa no son propicias para la rehabilitación de la política. Por el contrario esas restricciones alertan sobre el riesgo de la inestabilidad y la violencia. Sin embargo, existe una potencialidad colectiva consciente de esos escollos y propensa a la prudencia, como lo ilustra

les que las encauzasen, a fin de evitar regresiones autoritarias³. Otros pensadores prefirieron desconfiar de la supuesta novedad de eventos y teorías, proponiendo retomar instrumentos de análisis marxistas centrados en la (im)posibilidad de acumulación de poder por parte de sectores subalternos⁴. Por último, otros enmarcaron su análisis de los acontecimientos en la emergencia de nuevas subjetividades y nuevas formas de hacer política, tomando como interlocutores para el diálogo -con mayor o menor distancia-debates globales que están trabajando en base a conceptos como los de “acontecimiento”, “contrapoder”, “multitud”⁵. A su vez, no fueron pocas las discusiones que se han ido entretejiendo desde y contra estas tres posturas, sea para establecer la masividad o circunscripción numérica, geográfica o sociológica de este tipo de protestas sopesando continuidades y rupturas entre los eventos del 19 y 20 de diciembre de 2001 y expresiones previas de protesta social (Auyero, 2002), sea para definir la característica anti-política o politizada de la sociedad argentina (Ferrer, 2002; Sarlo, 2002).

En este marco, nos interesa como antropólogos entrar en el debate intelectual recién después de haber al menos mapeado la diversidad de lugares de enunciación desde donde se proclama la adhesión o crítica al QSVT, y analizado en qué direcciones esta consigna siguió operando como horizonte de sentido para distintos sectores de la población, incluso luego de haber perdido ya esa potencia preformativa inicial vinculada a las renuncias de los ex presidentes De la Rúa y Rodríguez Saa. En otras palabras, nos proponemos entender por qué el QSVT ofició de diacrítico identificador capaz de agrupar la variabilidad albergada dentro del “movimiento asambleario”, más allá de que en medios intelectuales se siguiera discutiendo si el QSVT era un programa, una consigna vacía o un síntoma, y de que la sociedad política preparara las elecciones nacionales de 2003 sin mostrar mucha predisposición para producir ni las renuncias o reemplazos masivos de funcionarios, ni las reformas electorales que la población venía solicitando de diversas maneras y por distintos canales. Es que antes de poder dictaminar si hay viejas o nuevas subjetividades en juego, corresponde entender desde qué posiciones “la gente” se siente interpretada o interpelada por una consigna a la vez transparente y opaca. Porque si -como sostiene Nun- en su faz transparente el QSVT parece expresar con singular contundencia el rechazo generalizado a la sociedad

un estado de ánimo general crítico respecto del Gobierno y aun dubitativo sobre su legitimidad pero deseoso de que continúe y finalice su mandato legal” (Cheresky, 2002: 128-129).

4 Tal es por ejemplo el caso de Rubén Dri (2002), de activa participación asamblearia.

5 Pensamos por ejemplo en el Colectivo Situaciones (2001, 2002a y 2002b); Cerdeiras (2002); Echembaum (2003); Grupo Doce (2001); Lewkowicz (2002).

política y sus modos de interacción con la sociedad civil, no resulta tan obvio si y qué queda afuera de un *todos* que por momentos parecía obturar cualquier posibilidad de vínculo dirigencial⁶.

A este respecto, nuestro análisis del QSVT no se limita a un enfoque semántico exclusivamente preocupado por discernir el o los referentes/contenidos del *todos* cuyo alejamiento se solicita. Porque nos interesa trabajar sobre las interfases entre cultura y política, emprendemos nuestro análisis desde una perspectiva pragmática del discurso, entendido como práctica y espacio de constitución y disputa de subjetividades, más que como medio de expresión de sujetos sociales preconstituidos⁷. Nos parece por tanto relevante destacar que signos como *todos*, *alguien* o *nosotros* son -en términos de sus usos discursivos- menos símbolos que índices, esto es, operadores pragmáticos que presuponen y crean contexto de sentido⁸. Podríamos así decir que esos *shifters* son, a nivel lingüístico, lo que los significantes flotantes (Laclau, 1996) son a nivel político: operadores que pueden contener y articular sentidos variados, sin *desambiguarlos*, nucleando tras de sí -en y a través de su mismo uso- intereses, perspectivas y significados múltiples. Y lo que buscamos aquí al proponer pensar “la crisis argentina” desde la politización de estos potentes indefinidos es tomarlos como punta de iceberg para justamente mapear la diversidad de sentidos y los muchos lugares desde los que asamblearios y otros ciudadanos se han ido definiendo y constituyendo a sí mismos en relación con un *todos* más integral o más acotadamente antagonico.

LAS AGUAS QUE TRAE EL RÍO QUE SUENA

Nos ha resultado en verdad difícil decidir cómo presentar los materiales con los que trabajamos de forma de dar cuenta de la diversidad de posiciona-

6 El hecho de que la crisis de la representación fuera el nombre del juego del colapso argentino queda aún mejor demostrado por un graffiti que profundiza: “Si gana alguien, me voy del país”. Según Feinmann (2002), “el graffiti ‘Si gana alguien me voy del país’ es una variación del ‘Que se vayan todos’. Porque si ‘alguno de ellos gana’ es que no se han ido, entonces me voy yo. Y esta ‘ida’ es una derrota, es la confesión de la derrota del ‘que se vayan todos’. Digámoslo: el graffiti ‘Si gana alguien me voy del país’ expresa, si no la derrota, el desaliento del ‘Que se vayan todos’.”

7 Para una caracterización de nuestro abordaje, ver por ejemplo Briones y Golluscio (1994).

8 Más concretamente, tanto los adjetivos y sustantivos indefinidos como los pronombres personales son *shifters* (Silverstein, 1976 y 1993) que varían su significado de acuerdo con el contexto de habla en que se usan, adquiriendo y aportando significación a ese contexto. En este sentido, habilitan enunciaciones que caben a distintos enunciadoreos que a su vez se articulan como tales desde dispares lugares de enunciación o *footings* (Goffman, 1981), esto es, alineamientos o “sí mismos” proyectados por los hablantes en relación con sus palabras.

mientos y matices de sentido que atraviesan nuestro corpus de entrevistas. Parte sustantiva de esa dificultad ha radicado en que desde el principio nos ha movido el propósito de evitar dos riesgos aparentemente opuestos pero complementarios. Mientras el primero hace a reducir esa diversidad a pares de oposición englobantes, el segundo se vincula a identificar tantos posicionamientos como entrevistados. ¿Por qué riesgos? Porque si un camino nos lleva a identificar regularidades abstractas imposibilitadas de mostrar la rugosa, discontinua, polimorfa textura de lo social, el otro nos aleja de encontrar vías de comparación que ayuden a establecer generalizaciones productivas a partir de explicaciones históricamente situadas, generalizaciones capaces de mostrar cómo y por qué tanto la convergencia como la disputa de sentidos -no menos que la dispersión o articulación de demandas y equivalencias- son materializaciones igualmente posibles pero no por ello azarosas de la interacción y el control social.

Así, la primera estrategia ensayada fue la de ver si la adhesión irrestricta al QSVT, su rechazo abierto o aprobación con distancia crítica se correspondían con las prácticas de los entrevistados en términos de participación/no participación en diversos escenarios que emergieron o se cristalizaron luego de diciembre de 2001, para apuntar a paliar/protestar los efectos de una desintegración social planteada como sentido preponderante⁹.

Sugestivamente, no hay correspondencia entre por ejemplo ser asambleario y adherir o aprobar con distancia crítica a la consigna, como tampoco la hay entre rechazarla y no participar en esos escenarios. Concretamente, hay asamblearios que rechazan el QSVT, así como no asamblearios que simpatizan con el planteo¹⁰. Más interesante aún, sin importar que se trace o no pertenencia a una asamblea, quienes rechazan la consigna lo hacen más por leerla en términos literales que la harían inviable que por negar que la renovación política reclamada es imperiosa, mostrando en este sentido que los desacuerdos se ligan más al cómo renovar que a la necesidad misma de renovación.

9 Por escenarios aquí entendemos, claro está, las reuniones asamblearias barriales, inter-zonales e inter-barriales, pero también diversas marchas y demostraciones, así como ámbitos de auto-ayuda o ayuda “a los más necesitados”, como los clubes del trueque y los comedores/merenderos para escolares, ancianos y cadenciados -espacios estos últimos que preexistían a diciembre de 2001, pero que mostraron una multiplicación notable luego de esa fecha.

10 En concreto, de las respuestas obtenidas se desprende que:

	Aprueba QSVT	No aprueba	Aprueba con crítica
Asamblearios	9	6	7
No asamblearios	4	7	1

A este respecto, no encontramos ningún caso en que “la crisis” no deviniera marco de sentido excluyente de los diagnósticos de nuestros interlocutores. En este sentido, aunque muchos medios de comunicación, intelectuales y ciudadanos vincularon el primer cacerolazo de diciembre de 2001 con el descontento de sectores medios irritados por las medidas económicas sintetizadas en el signo “corralito”¹¹, la mayor parte de nuestros entrevistados optó por desarrollar telegráficamente la dimensión económica de la crisis en sus repercusiones colectivas y personales -como si fuera un dato de sentido común y experiencia compartida con el entrevistador- para explayarse sobre lo que más claramente podían ser puntos opinables, esto es, ribetes abiertamente políticos e incluso “culturales” de “la crisis” que ninguno soslayó.

Volveremos sobre las dimensiones “culturales” de la crisis más adelante. Lo que nos interesa señalar aquí es que, más allá de aprobaciones y rechazos, el *todos* objetado o reivindicado va inscribiendo dispares alcances y referentes, sean estos los funcionarios políticos, los sectores dirigenciales en sentido lato, el estado, los grupos de poder económico locales y multinacionales, o el mismo sistema democrático. No obstante, compartida la idea de que parte sustantiva de la responsabilidad por la hecatombe es atribuible a la sociedad política y eventualmente al mercado, las diferencias más significativas surgen cuando los entrevistados o bien se explayan o bien soslayan explicitar algún grado de responsabilidad de “la gente” -esto es, la sociedad ampliamente pensada- así como al momento de señalar u obviar si y cómo las soluciones posibles se ligan a cambios en la sociedad política, o mayormente en la sociedad civil.

En esto, nuevamente, las formas de atribuir responsabilidades y demandar cambios en “la gente” no muestran correspondencia estricta con ser o no asambleario. Por ello decidimos abrir la variable de participación/no participación en asambleas, reconociendo seis perfiles de entrevistados. Entre estos, los dos primeros corresponden a quienes no participan en asamblea, identificando el primero para aquellos que circunscriben a un mínimo sus intervenciones ciudadanas en espacios públicos, limitándolas fundamentalmente a los momentos electorales, mientras que el segundo está dado por quienes se manifiestan activamente interesados en “la política”, por lo que se presentan a sí mismos como regularmente integrados a distintos escenarios de participación cívica (7 y 5 entrevistados respectivamente). Entre quienes han participado en asambleas o se definen como asamblearios, hemos identificado cuatro perfiles. Primero, el de ciudadanos que no reconocen ninguna participación política

11 Las medidas conocidas como “corralito” aluden al Decreto 1570/01 de noviembre de 2001, que restringió la libre disponibilidad de los depósitos bancarios.

previa e identifican el escenario asambleario como un “despertar” de sus inquietudes de participación (5 entrevistados). Segundo, el de ciudadanos que no poseen en la actualidad otra forma de participación sistemática, pero reconocen haberla tenido anteriormente o haber sido “sensibles” desde siempre a los avatares políticos del país (6 entrevistados). Los otros dos perfiles abarcan ciudadanos con militancia política previa y paralela a la de las asambleas. No obstante, mientras unos han puesto esa militancia entre paréntesis para posicionarse fundamentalmente como “vecinos asamblearios” (9 entrevistados), los otros participan en su condición de militantes (2 entrevistados)¹².

En líneas generales, entonces, decir que el QSVT es una imputación que centralmente interpela a “los políticos/la política/la sociedad política” a fin de que se produzcan cambios sustantivos en la forma de administrar/gestionar el “bien común”, constituye una aseveración correcta pero parcial. Menos previsible y por ende más interesante ha sido que, en su mayoría, los entrevistados no dejaron de tematizar paralelamente las responsabilidades de “la gente” en el actual estado de cosas, así como las cosas que “la gente” tendría que cambiar para promover alternativas más pertinentes. Veamos.

Quienes no participan en asambleas -y dentro de éstos, los que no manifiestan interés explícito por participar más allá de los actos comiciales- son ciertamente quienes más hacen foco en lo que ha fallado y debe ser transformado a nivel de la sociedad política. El *footing* que preponderantemente adoptan en su cuestionamiento es el de ciudadanos que se sienten comprometidos ya sea con las reglas de juego democráticas tal cual son en términos de delegación y representación, ya sea con la necesidad de democratizar algunas de esas reglas. En este marco, las apreciaciones de quienes objetan al QSVT no son sin embargo uniformes y aparecen ligadas a una variedad de razones que van desde el riesgo de generar anarquía o de “estimular el acceso al poder de ineptos o dictadores”, hasta entender que “los políticos están tan enquistados que no se van a ir” ante un simple pedido de la gente.

Dentro de esta gama, no faltan quienes ven desatinado el QSVT porque habría que “investigarlos, juzgarlos y hacerles devolver lo robado antes de que se vayan”, hasta quienes rechazan el pedido porque no se puede generalizar y

12 A este respecto debemos aclarar que no entrevistamos adrede a ningún asambleario que se reivindicara por práctica y discurso como militante de algún partido político, aunque sí incluimos militantes de organizaciones feministas, por estar originalmente interesados en analizar formas de participación femenina. Sugestivamente, esta decisión nos llevó a entrevistar sujetos que nos ayudaron a identificar el tercer perfil, el de quienes “bajan sus banderas” previas para entrar de lleno en la dinámica del vecino/a de asamblea -es decir, personas cuya militancia era explicitada en la entrevista pero no podía ser inferida de su desempeño en las asambleas mismas.

es “el momento de sumar más que de excluir”, pasando por quienes ven impracticable la renovación por la ausencia de “gente que verdaderamente se juegue por el país”.

Ahora bien, si consideramos en conjunto tanto a los asambleístas con militancia anterior como a los que suspenden otras identificaciones al momento de participar en las asambleas, la relación entre rechazo y aprobación se invierte, identificándose una mayoría que aprueba o aprueba críticamente el QSVT¹³. Significativamente, la correspondencia es mayor para este último grupo, esto es, para los que anteponen la experiencia de participar como asambleístas a la de hacerlo desde su identificación política tradicional. Así, aunque ambos perfiles identifican variados obstáculos en el quehacer de las asambleas en buena medida ligados a visiones muy críticas sobre la responsabilidad de “la gente”, el rasgo a destacar es que los asambleístas pertenecientes al último grupo deciden sumarse al proyecto colectivo, acompañando activamente los trabajos realizados.

Por el contrario, sea que aprueben de manera irrestricta o de manera crítica el QSVT, se observa entre los entrevistados con militancia previa pero sin ninguna militancia actual más que la que manifiestan como asamblearios un desplazamiento en la perspectiva que adoptan para con “la gente”, ya que tienden a enfatizar más las potencialidades que los obstáculos propios del comportamiento político de los integrantes de la sociedad civil. Así, emergen en este grupo visiones que rescatan que si “había un potencial transformador en la movida [asamblearia], consistía en democratizar las relaciones políticas, sociales, culturales, etc., en un territorio”. Otros más bien destacan su valor de “emblema” contra toda la corrupción, su carácter de “lema” para señalar a “todos los malos, los que no sirven, los corruptos”, o bien “la expresión de un imposible que hay que reivindicar, porque al expresar simultáneamente ‘yo no soy uno de esos’ sintetizó una de las movidas políticas más importantes del país”, así como sus propios límites¹⁴.

Este potencial asignado a la sociedad civil se hace aún más explícito entre los asamblearios que destacan su incorporación a las asambleas como primera forma de participación. Entre estos, las diferencias más significativas no se manifiestan en las evaluaciones acerca del QSVT (lo que nos

13 Sólo una persona del grupo rechaza la formulación del QSVT sobre la base de que puede producir un vacío y “va a venir la derecha a usurpar el poder, porque siempre están preparados”.

14 Significativamente, en este grupo, quienes rechazan el QSVT parten de similar confianza en “la gente”, aun cuando sea para ahondar en argumentos que enfatizan que “en este momento no se puede construir algo que reemplace todo”, o que las asambleas todavía no saben cómo incluir a los piqueteros en su proyecto, o que no quieren ni pueden tomar el poder para llenar el vacío.

muestra una vez más la independencia ya observada de esta formulación), sino que fundamentalmente se expresan en la forma de ponderar las relaciones humanas y de definir prioridades y estilos de trabajo. Así, en este grupo, quienes apuestan a reinstalar procedimientos del marco político tradicional colocan soluciones que pasan por promover una redefinición de las reglas de juego existentes, enfatizando o bien que el estado asuma las responsabilidades que debe asumir en términos de educación, promoción social y creación de puestos de trabajo -responsabilidades descriptas en términos de lo que alguna vez fue el estado de bienestar en Argentina- o bien que “la gente” se aboque a participar en microemprendimientos barriales, vía la formación de comunas u ONGs que asistan solidariamente a las necesidades colectivas. Por su parte, aquellos que procuran explorar alternativas novedosas enfatizan que, simultáneamente a su carácter solidario, el propósito principal de las acciones colectivas debe ser el de transformar las formas de convivir.

En síntesis, entonces, lo que nos parece relevante no es tanto la aparición de expectativas ambivalentes, sino que los entrevistados hayan explorado -en mayor o menor grado y desde diferentes ángulos- las mutuas (in)competencias e intervenciones entre estado y sociedad. Si las expectativas ambivalentes pueden verse como manipulaciones del entrevistado para complacer al entrevistador, o como inconsistencias esperables de conciencias necesariamente multifacéticas por emerger de las variadas relaciones que se pueden establecer entre los sujetos y los diversos discursos ideológicos que conforman el terreno cultural de una sociedad (Hall, 1986), su emergencia tras distintas formas de asignación de responsabilidades nos hace pensar en otra cosa. Esto es, más allá de enmarcarse en enfatizar las responsabilidades de la sociedad política o en destacar el rol de “la gente” en la crisis para señalar sus fallos o por el contrario sus potencialidades, tales ambivalencias ponen de manifiesto esa ubicuidad de lo político que - en palabras de Mitchell (1999)- hace que toda separación nítida entre estado, economía y sociedad opere como efecto de poder que invisibiliza los verdaderos *loci* de desigualdad e injusticia.

Desde esta mirada, la puesta en entredicho de separaciones nítidas entre estado y sociedad dista de ser una falencia, aun cuando ello redunde en que testimonios muy críticos y reflexivos en ciertos aspectos apelen en otros a fórmulas de sentido común.

CLASES, CULTURA, NACIÓN

En febrero de 2003, cualquier persona con acceso a periódicos de Argentina se hubiese encontrado con noticias indicando que, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), el 57,5 % de la población urbana argentina estaba viviendo bajo la línea de pobreza, mientras que el 27,5 % era indigente, esto es, apenas podía conseguir los alimentos mínimos necesarios para subsistir¹⁵. Estos datos -agravados por índices de desocupación (22 %), subocupación y trabajo en negro (44%) inusitadamente elevados-podrían no sorprender demasiado, de ser puestos en el contexto de que los niveles de pobreza vienen avanzando a pasos agigantados en la mayor parte del planeta. Podrían no obstante crear un plus de desconcierto, habida cuenta de que se refieren a un país que en sus fases de consolidación estatal se presentaba ante otros y ante sí mismo como “el granero del mundo”, tierra de promesas para quienes soñarían con la movilidad ascendente y desearan para sus hijos carreras universitarias vedadas a ellos mismos.

Así que, cuando nuestros entrevistados hacen sentido de su presente, no se puede dejar de tomar en cuenta que lo hacen con estos tropos de larga duración sedimentados en su sentido común, así como con imágenes de una duración mucho más corta, pero igualmente contundente. Por ejemplo, la de una década como la de los años noventa, en que fueron aumentando casi exponencialmente las protestas de trabajadores desocupados y otros sectores excluidos, quienes apelaron a formas de expresión como los cortes de ruta para expresar sus reclamos¹⁶.

Entendemos entonces que esta cotidianeidad de corta duración -recogida políticamente por el movimiento asambleario a través de la consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola”- ayuda a explicar por qué nuestros entrevistados (quienes adoptaron en todos los casos un *footing* de “clase media”) hablan

15 Esa persona se hubiese enterado también de que, sólo entre mayo y octubre de 2002, la cantidad de pobres creció el 14,7% y la de indigentes el 11,2 %, y de que por cierto esa pobreza no está parejamente distribuida, siendo las provincias del Nordeste del país las más castigadas—con un 71,5% de pobreza y 41,9% de indigencia—seguidas por las del Noroeste, con un 69,4 % de pobreza y 35,1% de indigencia; Cuyo, 61,3% y 29,7%; las de la región Pampeana, 56,7% y 27,2%; Gran Buenos Aires, 54,3% y 24,7% y Patagonia, 45,6% y 21%. Sabría también que Capital Federal es la ciudad con menor nivel de pobreza, el cual ascendía igualmente al 21,2% (Río Negro, 2003). Lamentablemente, este cuadro general no se ha modificado de manera sustancial hasta hoy.

16 A modo de ilustración, “desde 1997 hasta junio de 2002 se han concretado 3.949 cortes de rutas en todo el país. Durante 1997 tuvieron lugar 140, en 1998 sólo 51, en 1999 se incrementan nuevamente llegando a 252, en el 2000 se duplican alcanzando la cifra de 514, en 2001 aumentan a 1.383, y durante el primer semestre del corriente año se han registrado 1.609, marcando el año 2002 el récord anual desde 1997” (Nueva Mayoría, 2002).

de esta pertenencia poniéndola comparativamente en relación a un *otro* que ya era pobre pero que también se ha empobrecido aún más en la década de los noventa –*otro* condensado en la figura del piquetero. En muchas menos ocasiones, la pertenencia de “clase media” se define en relación a un *otro* rico del que se habla menos y, cuando se lo hace, es para vincularlo directa o indirectamente a la clase dirigente que llevó al país a la hecatombe.

Pero también entendemos que los tropos sedimentados en la larga duración ayudan a explicar por qué se habla poco de y desde una identificación nacional que parece haber traicionado sus promesas fundacionales de movilidad ascendente. Brevemente, “la nación” o “la patria” son puntos de organización de la experiencia que nuestros entrevistados activaron mucho menos o más conflictivamente.

En opinión de Sarlo (2001), esta “crisis de identidad” se vincula con la disolución de los tres pilares básicos sobre los que se asentaba la pertenencia que permitía hacer sentido del “ser argentino”: tener trabajo, ser alfabeto y gozar de derechos universales, particularmente, de los derechos económico-sociales. Ante la dificultad de hablar en sociedades de clase de una “identidad nacional” en singular, lo que nos interesa en este acápite es ver las formas en que *por* y *desde* “la crisis” se vienen desestabilizando y reconstituyendo imaginarios de clase y nación entre nuestros entrevistados, tomando los dos marcos temporales mencionados como telón de fondo. Nos interesa también señalar algunas formas en que esa “crisis” se construye, dando cabida a la cultura/lo cultural como ingrediente capaz de sobredeterminar factores “económicos” y “políticos”.

La mayor parte de nuestros entrevistados acordarían en parte con Mattini en que “la llamada clase media no se define ni por el lugar en la producción ni por el nivel de ingresos. La clase media es una mentalidad [...] de identificación con los ideales de vida burguesa adoptados y sostenidos hasta por la propia clase obrera [...] ‘hombre masa’ [...] que se cree igual a todos y hace centro en los derechos individuales” (Mattini, 2001: 162).

Esta idea de que lo que está en juego es una “mentalidad” -significada en las entrevistas como “valores” o “ritmo de vida” y ejemplificada a través de actitudes- explica por qué nuestros interlocutores siguen produciendo discursos organizados desde un punto de organización de experiencias atravesado por su pertenencia de clase, aún cuando algunos señalan haber perdido esa adscripción, y la mayor parte destaca el empobrecimiento personal y colectivo como horizonte de redefinición de su trayectoria social.

En todo caso, paralelamente a posturas que reivindican los valores de la clase media y justifican sus protestas ante el deterioro de su estilo de vida,

prima sobre todo entre quienes son asamblearios una lectura crítica de su clase de pertenencia, sea por estar demasiado apegada a las posesiones, ser egoísta e individualista, o desear parecer lo que no se es y carecer de voluntad para sostener intereses más allá de los propios. Para los más críticos, estas actitudes contrastan e incluso hacen imposible la alianza con los sectores más castigados, condensados en la figura y la lucha de los piqueteros.

Ahora, si la percepción de la clase media hace aflorar no pocas ambigüedades, la de los más pobres muestra una dinámica equivalente. En líneas generales, quienes no participan en las asambleas y manifiestan desinterés por una participación cívica que vaya más allá de los actos electorales son quienes mayor distancia sociológica manifiestan respecto de los “piqueteros”, epítome de los desocupados, los marginados, los excluidos.

Esa distancia toma dos formas principales. Una de ellas censura la práctica piquetera y tiende a silenciar posibles espacios de intersección entre los piqueteros y los intereses y problemas de la clase media. La otra tiende en cambio a verlos como víctimas, sea que se los conciba como injustamente estigmatizados o como sectores carentes de educación que devienen presa fácil para políticos corruptos que los manipulan. En estos casos, los posibles puntos de intersección se originan en un doble reconocimiento, tanto de la justicia de los reclamos de quienes “no tienen nada que perder”, como de que los sectores medios tienen la responsabilidad de “asistir” a los más desvalidos.

Entre asamblearios, en cambio, las distancias entre sectores medios y excluidos tienden a disminuir. En algunos casos se destaca la necesidad de iniciar o sostener vínculos que remonten las diferencias de clase, a pesar de que ésta no se vea como tarea sencilla. En otros casos, hay una sobrevaloración de los valores y luchas de los sectores más pobres, que lleva a algunos entrevistados a identificarse más con esos sectores que con su propia clase.

Ahora bien, más allá de las formas de concebir relacionamente las virtudes y defectos de los sectores medios y los de los marginados, lo que nos parece relevante destacar es que muchos trasladan las características de “la clase media” a todo el “pueblo” argentino, lo que muestra el peso que tienen tropos de más larga duración al momento de articular incluso las experiencias más recientes¹⁷.

17 Nos referimos a imaginarios que pintaban a la Argentina como un país donde la pertenencia a la clase media era -según las generaciones- el punto de destino o el punto de origen más extendido. A este respecto, el testimonio de una entrevistada es particularmente ilustrativo de este desplazamiento de sentido de la clase media (jodida) al pueblo todo (también jodido): “Es una *clase media jodida* por naturaleza, jodida... me refiero como clase... estructural. La clase media es lo peor que tiene este país, pertenezco a ella eh? [...] La clase media siempre quiso parecer lo que nunca fue. Porque somos labu-

En este marco, nos interesa señalar aquí dos cuestiones que emergieron en varios testimonios y que uno de nosotros empezó a explorar en un trabajo anterior (Briones, 2002). Nos referimos al papel asignado a la cultura/lo cultural en la crisis y a cómo ello repercute en las formas de tematizar la identificación nacional.

En los testimonios y las prácticas asamblearios se pueden identificar tres formas de vincular “la crisis argentina” con el factor cultural. Una de esas formas hace a reconocer que la crisis es económica y política -responsabilidad de dirigencias corruptas- pero también en parte fruto de una ciudadanía con deficiencias en su cultura política, por desinterés, descompromiso, egoísmo o comodidad. Otra forma pasa por entender la cultura como espacio lúdico y recreacional que, por asociarse con las facetas menos materiales y crudas de las penurias económicas cotidianas, operaría como escenario de comunicación no instrumental y curación colectiva. Por último, la cultura aparece como praxis cotidiana que puede ayudar a recrear pertenencias.

Desde esta última perspectiva, algunos entrevistados entienden que parte de esa praxis y el discurso sobre lo nacional fueron expropiados por sectores reaccionarios, lo que dificulta al día de hoy re-encontrar un punto de anclaje para la idea de “ser argentino”. Para otros, es fundamentalmente un hacer que -incomprensiblemente, por las potencialidades del país- se fue perdiendo y contradiciendo en los hechos. En todo caso, es esta forma de entender la cultura/lo cultural la que ayuda sobre todo a explicar por qué muchas asambleas y asamblearios -enojados como están con los discursos nacionales y/o nacionalistas-invirtieron no poca energía en discutir cómo festejar las fiestas patrias de una manera que les resultase significativa.

A este respecto, el punto a destacar es doble. Primero, en distintas prácticas, pero particularmente en los debates sobre formas más pertinentes de conmemorar, podía advertirse una resignificación cultural de la idea de lo político, vista entonces no tanto ya como un campo de acumulación de poder, sino como de acumulación crítica de comunidad.

rantes, loco [...] la Argentina adolece, o sea, es un país de inmigrantes que no supo aferrarse a su tierra. [...] el argentino, desgraciadamente, somos, somos difíciles, no estamos acostumbrados a defender lo propio siquiera [...] porque si hay algo que hay que cambiar en este país es la justicia, creo que es la madre, de alguna manera, de todas estas cosas. Porque nada de o que pasó hubiera sucedido si hubiéramos tenido un grupo de jueces que defendieran realmente los intereses del pueblo. Porque con defender la Constitución es suficiente, para qué leyes, más leyes, más leyes, más leyes [...] Pero todo está mal hecho, tan mal hecho porque la costumbre argentina es hecha la ley, hecha la trampa, entonces, es todo un maremagnum que no tenés forma de salir... es un horror... Ese es otro tema... también parte de la idiosincrasia. Exactamente parte de la idiosincrasia argentina... De la primera de la que hablamos, jodidísimo, somos un *pueblo jodido*, hay que admitirlo”.

Segundo, esta preocupación por repensar la comunidad podría verse como paradójica en ámbitos como las asambleas, donde se generaliza la categoría de “vecinos y vecinas” como término de referencia mutua para ciudadanos que, como destacan Feijoo y Salas Oroño “rechazan -a veces hasta grados exasperantes- las antiguas formas de nombrar a los agentes y relaciones políticas” (Feijoo y Salas Oroño, 2002: 30). El punto es que, a diferencia de totalizaciones previas propias de la identificación nacional, esa comunidad -aun difícil de enunciar por el temor a nuevos fracasos- sería el espacio para un otro *todos* inclusivo pero responsable y conciente ante sus limitaciones y falencias, así como solidariamente activo ante sus múltiples desigualdades. De alguna manera, un *todos* que la administración del presidente Kirchner pareció evocar con pocos pero eficaces gestos, suscitando así aceptación incluso entre muchos de los que no lo votaron. Nos referimos a discursos y medidas de la actual administración que tienden a basarse en el reconocimiento de “lo que nos pasó” por el terrorismo de estado pero también de “lo que nos está pasando” por el hambre, en un reclamo de dignidad ante los acreedores externos e internos, en llamados a tener memoria ante quienes “hundieron el país” y “nos llevaron a estar diez kilómetros bajo tierra” -en suma, proclamaciones todas girando en torno a la necesidad imperiosa de asumir y remontar las causas y efectos de la corrupción y el deterioro, en base a nociones como las de equidad y justicia.

¿OTRO MOVIMIENTO QUE SE DEMUESTRA ANDANDO?

Al definirse como “hijas del cacerolazo”, las asambleas barriales de sectores medios han tendido a construir una genealogía acotada, apostando a la “novedad” y “espontaneidad” como dos de sus valores diacríticos. Más allá de esto, es interesante pensar sus producciones y reclamos en relación a un devenir político de más largo alcance y a experiencias sociales de mayor profundidad temporal.

Tras la violencia generalizada de los tramos finales del último gobierno de Perón y el horror del terrorismo de estado implementado a escala por el llamado Proceso de Reorganización Nacional, la transición a la democracia de la década de los ochenta dio pie en Argentina a la emergencia de conjuntos de acción medularmente comprometidos con la defensa de los derechos humanos y al entramado de variados movimientos sociales, incluidas distintas acciones de base territorial con características tanto solidarias como conflictivas (Jelín, 1986: 42). La década de los noventa por su parte se caracteri-

zó por un incremento exponencial de variadas muestras de descontento social (Auyero, 2002; Giarraca et al, 2001; Nueva Mayoría, 2002; Schuster y Pereyra, 2001), lo que llevó a algunos analistas del país a suspender el uso del concepto de “movimientos sociales” que parecía disponible de inmediato, para hacer foco en la noción de “protesta” (Schuster y Pereyra, 2001) o la de “beligerancia social” (Auyero, 2002). El argumento central ha sido el de que los análisis basados en estas ideas posibilitaban aprehender el carácter desarticulado y fragmentado que tuvieron los reclamos populares durante el período de reformas neoliberales.

En este marco, resulta obvio que ni los cacerolazos ni las asambleas que se conformaron para compartir desasosiegos cívicos y pensar colectivamente alternativas pueden entenderse sin tomar en cuenta la efectividad con que los movimientos de la década de los ochenta ligaron la idea de ciudadanía a la satisfacción de distintos derechos humanos, o sin la recurrencia con que las protestas sociales de la segunda mitad de la década de los noventa fueron haciendo visibles los efectos de la exclusión y el deterioro ligados a las reformas neoliberales. La primera pregunta clave entonces es si las protestas y prácticas asamblearias tan sólo fueron más de lo mismo, esto es, reclamos a lo sumo amplificados de democratización. Transcurrido ya más de un año y medio de reuniones semanales, la segunda pregunta clave apunta a su impacto, esto es, a ver si la experiencia asamblearia cuenta como algo más que ejercicios acotados de impugnación a estilos contemporáneos de gubernamentalidad que apuestan a la despolitización -ejercicios que se podrían ver como irrupción curiosa y sin consecuencias estratégicas, sobre todo ahora que sabemos que las asambleas no cristalizaron en movimiento o partido, y que las que subsisten muestran un hacer acotado y parecen haber acallado aún más sus clamores tras las elecciones.

Respecto de la primera pregunta, propusimos en febrero que, a diferencia de expresiones previas de beligerancia social, el QSVT que emergió en diciembre de 2001 logró expresar una insatisfacción sin respuesta inmediata desde la lógica del sistema político vigente. A diferencia además de los distintos agrupamientos piqueteros que también hicieron propio el QSVT pero para profundizar su trabajo social y político desde reclamos puntuales a los distintos niveles de estatalidad, el hecho de que las asambleas en su diversidad de prácticas hicieran del QSVT su bandera casi exclusiva para expresar sus énfasis predominantes en la horizontalidad, en la no delegación de representatividad y en una actitud extendida de rechazo ante cualquier forma de ingerencia estatal, sugiere que en este caso el foco fue sostener un tipo de espacio público donde poder dar voz a la asimetría fundante de un sistema

de representación que secuestra la soberanía de los representados en la cual dice estar basado.

En este sentido, aunque algunos autores han señalado que el QSVT trabajaba en la dirección de otras consignas previas, nosotros en cambio postulamos que, más allá de las variadas formas en que se lo interprete, el QSVT asambleario inscribió un plus que exige diferenciar a las asambleas de otros movimientos (incluso de los movimientos de derechos humanos) -plus que propusimos abordar en términos de dos desplazamientos y una ruptura¹⁸. Si vinculamos un primer desplazamiento a la posibilidad de correrse de la impotencia que recluía/incluía a los sujetos en el ámbito privado para devenir “vecinos” cuyo pertenecer pasaba centralmente por “estar allí”, ligamos el otro a la posibilidad de ejercitar la ciudadanía más allá del planteo de reivindicaciones sociales y/o políticas que puedan ser negociadas y satisfechas¹⁹.

A su vez, sostuvimos que el QSVT operó una ruptura que no ha sido menor para un país como Argentina, que tendía a percibir las dictaduras como males endémicos y recidivantes.

Nos referimos a que, de todos los entrevistados que rechazaron el QSVT (13 sobre 34), sólo cuatro lo hicieron sobre la base de que nos podía exponer

18 Fernández, Borakievich y Rivera, por ejemplo, comparan el QSVT con el “Aparición con vida” de las Madres de Plaza de Mayo. Sostienen que la potencia enunciativa de la última consigna “radica justamente en lo que su inviabilidad pone de manifiesto”. Con esta idea en mente, prosiguen las autoras: “Tal vez en el linaje de estas consignas habría que pensar “Que se vayan todos... que no quede ni uno solo” [...] Podría decirse que esta consigna, desde sus significancias vacías, provoca a la dimensión instituyente de la imaginación colectiva para inventar nuevos universos de significación y nuevos cursos de acción” (Fernández, Borakievich y Rivera, 2002). Para nosotros, en cambio, el “Aparición con vida” muestra una continuidad lógica y política con la otra consigna de los organismos de DDHH, “Juicio y castigo a los culpables”, y apunta tanto a la restitución de los desaparecidos a los familiares, como a que los genocidas reconozcan públicamente que han secuestrado y asesinado a treinta mil ciudadanos. Como en definitiva todo sistema democrático idealmente tiene mecanismos instituidos para procesar crímenes de lesa humanidad, la demanda de acabar con la impunidad no asocia la imposibilidad de sutura hegemónica que es propia del QSVT.

19 Ambos desplazamientos resultan claros en una contribución que circuló por cadena electrónica de asamblearios en junio de 2003 y se atribuye a Miguel Ángel Vaello, asambleísta de Florida Este. En un texto titulado “¿Qué NO hicieron las Asambleas?”, el autor explica que desde ese argumento se sintió movido a responder a la agresiva pregunta de un radio-escucha que en tono de demanda inquiría “¿Qué hicieron las Asambleas?”. Vaello formula entonces una lista de veintiocho negaciones como actos positivos de las asambleas, entre las que se incluyen que “NO se cruzaron de brazos mirando la vida por TV y los medios de comunicación [...] NO negociaron con los burócratas, derrochadores y corruptos de turno [...] NO omitieron hacer autocrítica y debatir ideas [...] NO pasaron por alto la desnutrición ni la mortalidad infantil. NO bajaron la cabeza ante la falta de Justicia [...] NO se sentaron a esperar soluciones mágicas ante un 60% de población empobrecida. NO cruzaron a la otra vereda al ver Familias Carboneando [...] NO se conformaron con una actitud pasiva ante la realidad, la Transformaron. NO resignaron sus Derechos Constitucionales [...] NO dejaron de reunirse, de integrarse, de buscar alternativas, de Luchar [...] [y parafraseando el Himno Nacional] NO sólo Juraron con Gloria Morir, sino también con Gloria Vivir” (Vaello, 2003).

a un quiebre democrático. Los demás lo objetaron por impracticable o por exagerado, pero casi nadie negó que una renovación sustantiva era necesaria. Así, lo que pareció quebrarse fue la idea de que la vida en común sólo podía debatirse entre dos polos (dictadura o democracia), y que la protesta social en todo caso contribuía a volcar la balanza hacia el infierno.

Afirmar por tanto que el QSVT asambleario fue más allá de la alternativa ‘dictadura o democracia’ como corsé de sentido de la política argentina de las últimas dos décadas y media comporta para nosotros dos cosas. Por un lado, que la posibilidad de algunos sostener en el tiempo la actitud de volver a la calle y permanecer en ella como “ciudadanos” no corporados –que eso fueron las asambleas desde un principio– trabajó contra el temor a que esta forma deliberativa de habitar lo público diese pie a un golpe militar o institucional. Por el otro, que ese “volver y permanecer en las calles” no sólo para protestar o para demandar al estado –como en las variadas demostraciones de décadas anteriores– sino para discutir qué esperar de una verdadera democracia además de derechos cívicos y políticos formales también trabajó contra los sentidos polares inscriptos por la divulgación de distintas encuestas que, desde 1983 en adelante, vienen destacando que una proporción mayoritaria de la población prefiere una democracia flaca a cualquier gobierno militar.

A nuestro juicio, entonces, la novedad de las asambleas no se vincula al entramado de un nuevo tipo de sujeto histórico, o al despliegue de prácticas solidarias no ensayadas antes, sino a un conjunto de indicadores que apuntan a una forma distinta de interpretar e interpelar “la política/la sociedad política/los políticos”. Y esta novedad no queda contradicha por el reconocimiento de las obvias filiaciones del discurso y práctica de asambleas tanto con la retórica de los movimientos de la década de los ochenta²⁰ como con los repertorios de acción de las protestas de la década de los noventa²¹.

20 No nos referimos solamente a que los efectos del sostenido y trabajoso accionar de las organizaciones sociales desde la década del ochenta en adelante posibilitó que las asambleas incorporaran el planteo de ciertas demandas y luchas casi como dato de su sentido común. Nos referimos también a que en muchos de sus debates y prácticas siguieron incluso reinscribiendo lo que Calderón Gutiérrez ya identifica como pares de orientaciones coexistentes que expresaban tensiones entre posibilidades antagónicas en los movimientos sociales latinoamericanos de la década de los ochenta. Brevemente, (a) la valoración ética de la democracia y los DDHH como portadores de un orden moral distinto versus formas de verticalismo y autoritarismo e intolerancia dentro de los movimientos; (b) la aceptación y hasta valorización de la diversidad societal versus la tendencia al reduccionismo y la monopolización de la representatividad de la acción social; (c) la afirmación y autonomía de los movimientos respecto de organizaciones externas a ellos versus heteronomía, clientelismo y dependencia; (d) la búsqueda de formas de autonomía y autogestión frente a la crisis y el estado versus formas de

A su vez, si la pregunta por lo que las asambleas barriales han tenido de nuevo no admite respuestas simples, tampoco la interrogación por su eficacia, eficiencia o efectividad tiene contestación fácil, porque en verdad es una indagación tan flotante como los significantes que identifica Laclau. Queremos decir que los resultados parecerán directamente nulos si se juzga a las asambleas por lo que bastante pronto ellas mismas vieron y sostuvieron como un imposible, esto es, lograr que se fueran todos. Esos resultados hablarán llanamente de fracaso, si se piensa en la capacidad de pasar a un momento estratégico para conformar un movimiento o un partido -discusión que las asambleas mantuvieron durante los primeros meses de existencia, pero que fue siendo abandonada por muchos participantes luego de mayo y junio de 2002, una vez diagnosticado el fracaso o vaciamiento de la asamblea interbarrial que se reunía todos los domingos en Parque Centenario y que en sus momentos más potentes llegó a reunir entre tres y cuatro mil integrantes. Tales resultados incluso parecerán magros si se miden los logros en términos cuantitativos o por la capacidad de “sostener” la participación -parámetros de evaluación a los que también han recurrido no pocos asambleístas.

En cambio, la posibilidad de responder por el impacto de la experiencia se reviste de matices cuando se piensa no sólo en términos de escalas de acción social y de temporalidades como propone Jelín (ver Jelín en este volumen), sino también en una escala de efectos buscados y no buscados de la acción social. Entre los efectos posibles, nos interesa hacer foco en dos, uno que sobre todo repercute hacia el interior de los grupos asamblearios en tanto ensayos de convivencia a escala micro-social, y otro que enmarca su accionar en esferas más amplias.

En la primera de las direcciones, las asambleas barriales de clase media devinieron espacios reales para algunos y virtuales para otros en lo que a repensar lo colectivo se refiere. Si reparamos en que lo hicieron contradiciendo variadas usinas de producción de sentidos hegemónicos que apuntaron por décadas a individuar a los ciudadanos sobre todo de sectores medios

dependencia estatal y de la economía capitalista; y (e) la emergencia de nuevos valores de solidaridad, reciprocidad y comunitarismo muy puntuales que apelan cada vez más al trabajo solidario y a la decisión colectiva versus individualismo, lógica de mercado y competencia (Calderón Gutiérrez, 1986: 385-386).

21 Aunque en un trabajo anterior propusimos ver a los cacerolazos como nuevo género de protesta que se integraba con características propias a un sistema de géneros de protesta preexistente (Briones, Fava y Rosan, 2002), es obvio que el quehacer cotidiano de las asambleas se fue con el tiempo distanciando de los cacerolazos para desplegar repertorios de acción ya ensayados antes por otros conjuntos sociales, desde cortes de calle y creación de merenderos hasta ollas populares, escraches y compras comunitarias.

como consumidores, así como desafiando estrategias de contención hegemónica más recientes que apostaban a la criminalización de las protestas para tratar de acotarlas, su “volver y permanecer en las calles” no es un logro intrascendente. Si pensamos además que lo hicieron en contextos donde los sentidos de compañerismo y solidaridad necesarios para la acción conjunta no podían darse por supuestos, tampoco es un logro menor que, durante meses de gran desasosiego colectivo, las asambleas pudieran reponer entre los participantes ciertas tramas existenciales, de las más circunscriptas y de las más amplias.

En la segunda de las direcciones, el impacto de las políticas de identidad asamblearia para reinscribir lazos intersubjetivos no encuentra correlato inmediato con la capacidad para generar políticas de influencia, inclusión y reforma que -como sostienen Cohen y Arato (1992: 526 y 552)- son cruciales para avanzar transformaciones sociopolíticas estructurales. En esto, incluso, la resignificación de lo político como práctica ligada no sólo -o no tanto ya- a la mera acumulación de poder sino a la acumulación crítica de comunidad puede verse como propiciando la renuncia a tales transformaciones. No obstante, desde una perspectiva que piense la construcción de hegemonía como guerra de posiciones más que de maniobra, entendemos que esa resignificación de lo político ha tenido repercusiones en dos planos diferentes.

Por un lado, el “permanecer en las calles” de las asambleas fue junto con otras expresiones sociales de descontento forzando a los dirigentes a realizar inversiones hegemónicas para articular liderazgo moral e intelectual en base a la búsqueda de consensos. Aquí, más que acordar con Feinmann (2003[a]) en que Kirchner emerge sorpresivamente como interpretante del “pueblo” argentino re-entramado como tal a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001, nos inclinamos a pensar que el QSVT presionó en la dirección de redefinir condiciones de posibilidad de hegemonía, entendida -como dice Lattas (1987)- no como simple efecto o contenido particularizados, sino más bien como estrategia difusa, inscripta e interna a la producción de sentido que lleva a que primen ciertos significados y no otros, tanto en la sociedad política como en la civil. Y esa presión operó menos por la vía de dar testimonio a un descontento, que por la de introducir el fantasma de la posibilidad de volver a poner en formas de desobediencia que no son pasibles de sutura hegemónica en el sentido de Laclau. En esta idea basa justamente su balance uno de los asamblearios entrevistados a poco más de un año del primer cacerolazo: “Y... creo que sí... sí, creo que la gente estaba podrida de todo. Ya era el hartazgo. Y ahora, creo que está podrida. Que no salga, no quiere decir que otorgue. Este gobierno [el de Duhalde]... creo ningún

gobierno va a tener un cheque en blanco. Creo que ese... que el fantasma del 19 y 20, si bien esta vez la sobrellevaron, lo siguen sosteniendo, es decir, lo siguen... no sosteniendo, sufriendo o... temiéndolo ¿no? Este... creo que es imprescindible, que tengan eso... que se vayan todos y el fantasma del 19 y 20... También creo que es bueno que... la gente también lo tiene”.

Por otro lado, esa resignificación de lo político -operando en y a través de debates recurrentemente prolongados y meandrosos, cuyas apuestas más fuertes en apariencia recaían menos en el qué hacer que en cómo hacerlo- estimuló a pensar a partir del QSVT no tanto qué exigir de los dirigentes, sino cuáles han sido y son las “responsabilidades de la gente” en el estado actual de las cosas. Coadyuvó así a habilitar ámbitos basados en un hacer auto-reflexivo que -paralelamente a encarnar la sospecha de Ana María Ochoa (ver Ochoa en este volumen) sobre la (im)posibilidad de recrear el valor de lo existencial minimizando el potencial ético de lo estético- operan en la dirección de expandir la idea de ciudadanía, incluso hoy que las asambleas que siguen funcionando sobre todo se concentran en tareas barriales o acotadas al propio grupo de visibilidad bastante baja. Con todos sus paradójales ribetes incluidos, entonces, tales discusiones obsesionadas por las formas han expandido la idea de ciudadanía no en el sentido de multiplicar cuantitativamente la participación ni ciertamente en el de transformar las condiciones materiales de existencia de “la gente”, pero sí al menos en el de abrir campos de interlocución donde ir viendo la existencia de límites inequívocos entre estado, sociedad y mercado como efecto ideológico (Mitchell, 1999). Ámbitos donde se ha podido cuestionar, al menos implícitamente, la lógica inherente a la “confluencia perversa” propia de la década de los noventa, que se basa, tal como destaca Dagnino (ver Dagnino 2002 y Dagnino en este volumen), en una polarización simplificada entre sociedad política y sociedad civil que idealiza a la segunda para cargarla de responsabilidades legítimamente propias, pero también de otras que por cierto no le corresponden.

BIBLIOGRAFÍA

- Auyero, Javier 2002 *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática* (Buenos Aires: Libros del Rojas).
- Briones, Claudia 2002 “Argentina 2002: Identificaciones dilemáticas entre tropos de desintegración y un plus de agencia cultural”. Ponencia en I Jornadas de Interfases entre Cultura y Política en Argentina “A un año del 19 y 20 de diciembre” (Buenos Aires: IDES).

- Briones, Claudia y Golluscio, Lucía 1994 “Discurso y Metadiscurso como procesos de producción cultural” en Actas de las Segundas Jornadas de Lingüística Aborigen (Buenos Aires: Departamento de Impresiones del Ciclo Básico Común).
- Briones, Claudia, Fava, Ricardo y Rosan, Ana 2002 *Ruidos que hablan broncas. El decir y el hacer de las cacerolas en Argentina* (Lima). Ponencia presentada en Tercer Encuentro Anual Performance y Políticas en las Américas: Globalización, Migración y Espacio Público.
- Calderón Gutiérrez, Fernando 1986 “Los movimientos sociales frente a la crisis” en Calderón Gutiérrez, Fernando (comp.) *Los movimientos sociales ante la crisis* (Buenos Aires: UNU/CLACSO/IISUNAM).
- Carini, Mauricio 2001 “El 41 % del padrón no eligió”, en *La Nación* (Buenos Aires), 16 de octubre.
- Cerdeiras, Raúl 2002 “La política que viene”, en *Acontecimiento. Revista para pensar la política* (Buenos Aires), N° 23.
- Cohen, Jean y Arato, Andrew 1992 *Civil Society and Political Theory* (Cambridge: The MIT Press).
- Colectivo Situaciones 2001 *Contrapoder. Una introducción* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Colectivo Situaciones 2002[a] *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Colectivo Situaciones y MTD de Solano 2002[b] *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Cheresky, Isidoro 2002 “Autoridad política debilitada y presencia ciudadana de rumbo incierto”, en *Nueva Sociedad* (Caracas), N° 179.
- Dagnino, Evelina 2002 “Democracia, teoría e práctica: a participação da sociedade civil” en Perissinotto, Renato y Fuks (orgs.) *Democracia. Teoría e Prática* (Rio de Janeiro: Relumê-Dumará).
- Dri, Ruben 2002 “Debate sobre el poder en el movimiento popular” en *Argenpress* (Buenos Aires), en Internet ver <<http://www.argenpress.info/nota.asp?num=000796>>.
- Echenbaum, Martín 2003 “El que se vayan todos y la nueva subjetividad asamblearia” en *Cono Sur*, en Internet ver <www.proyectoconosur.com.ar>.
- Feijóo, Cristina y Salas Oroño, Lucio 2002 “Las asambleas y el movimiento social” en Bielsa, Rafael et al. *Qué son las asambleas populares* (Buenos Aires: Ediciones Continente).
- Feinmann, José Pablo 2002 “Graffiti”, *Página 12* (Buenos Aires), 21 de septiembre.
- Feinmann, José Pablo 2003[a] “El señor K., la multitud y el Estado”, en *Página 12* (Buenos Aires), 26 de julio.

- Feinmann, José Pablo 2003[b] “El señor K y el peronismo”, en *Página 12* (Buenos Aires), 20 de septiembre.
- Fernández, Ana María, Borakievich, Sandra y Rivera, Laura 2002 “La importancia de pedir lo imposible”, en *Página 12* (Buenos Aires), 21 de febrero.
- Ferrer, Christian 2002 “Vaca flaca y minotauro. Ascenso y caída de la imaginación política argentina”, en *Nueva Sociedad* (Caracas), N° 179.
- Giarraca, Norma, et al. 2001 *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (Buenos Aires: Alianza Editorial).
- Goffman, Erving 1981 *Forms of Talk* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press).
- Grupo doce 2001 *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea* (Buenos Aires: Grupo doce)
- Hall, Stuart 1986 “Gramsci’s Relevance for the Study of Race and Ethnicity”, en *Journal of Communication Inquiry* (Iowa city), Vol.10, N° 2.
- Halperín, Jorge 2002 “El protagonista. Juan Carlos Portantiero: ‘Hay peligro de disgregación’”, en *Tres Puntos* (Buenos Aires), N° 241.
- Jelin, Elizabeth 1986 “Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en Argentina” en Calderón Gutiérrez, Fernando (comp.) *Los movimientos sociales ante la crisis* (Buenos Aires: UNU/CLACSO/IISUNAM).
- Laclau, Ernesto 1996 *Emancipación y Diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto 2002 “Cuando se reuiere una nueva fe”, en *Clarín* (Buenos Aires), 27 de julio.
- Lattas, Andrew 1987 “Savagery and Civilization. Towards a Genealogy of Racism”, en *Social Analysis*, (Adelaide), Vol. 21.
- Lewkowicz, Ignacio 2002 *Sucesos Argentinos. Notas ad hoc* (Buenos Aires: Lewkowicz & Asociados).
- Mattini, Luis 2001 “Sujeto y Trabajo” en Colectivo Situaciones *Contrapoder. Una introducción* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Mitchell, Timothy 1999 “Society, Economy, and the State Effect” en Steinmetz (ed) *State/Culture. State-Formation after the Cultural Turn* (Ithaca: Cornell University Press).
- Muleiro, Vicente y Moreno, Liliana 2003 “Entrevista al politólogo José Nun. ‘Hay que volver a un nacionalismo sano’”, en *Clarín* (Buenos Aires), 26 de enero.
- Nueva Mayoría 2002 [on line] “El primer semestre del año marcó el récord de cortes de rutas desde 1997”, en *Nueva Mayoría*. En Internet ver <<http://www.nuevamayoria.com/es>>.
- Perissinotto, Renato y M. Fuks (orgs.) 2002 *Democracia. Teoría e Práctica* (Rio de Janeiro: Relumê-Dumará).

- Reguillo, Rossana 1994 “Movimientos Sociales y Comunicación” en *Cuadernos del Departamento de Comunicación del ITESO* (Guadalajara), N° 1.
- Río Negro 2003 [on line] “Nuevo récord de pobreza: alcanza a 20,8 millones de argentinos”. En Internet ver <<http://www.rionegro.com.ar/arch200302/o01j25.html>>.
- Sarlo, Beatriz 2001 “Ya nada será igual” en *Punto de Vista*. En Internet ver <http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/articulos/nadaigual_sarlo.asp>
- Sarlo, Beatriz 2002 “El Dilema” en *Punto de Vista*. En Internet ver <http://www.bazaramericano.com/bazar_opina/default.asp>
- Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián 2001 “La protesta social en la Argentina democrática: Balance y perspectivas de una forma de acción política” en Giarraca, Norma et al. *La protesta social en Argentina. Transformaciones y crisis social en el interior del país* (Buenos Aires: Alianza Editorial).
- Silverstein, Michael 1976 “Shifters, Linguistic Categories, and Cultural Description” en Basso, Keith y Selby, Henry (eds.) *Meaning in Anthropology* (Albuquerque: University of New Mexico).
- Silverstein, Michael 1993 “Metapragmatic discourse and metapragmatic function” En Lucy, John (ed.) *Reflexive Language* (Cambridge: Cambridge University).
- Vaello, Miguel 2003 “Qué no hicieron las asambleas” en *Asociación Latinoamericana de Cooperación*. En Internet ver <http://groups.msn.com/170697/general.msnw?action=get_message&mview=0&ID_Message=2797&LastModified=4675426574684567510>
- Voloshinov, Valentín 1986 *Marxism and the Philosophy of Language* (Cambridge: Harvard University Press).